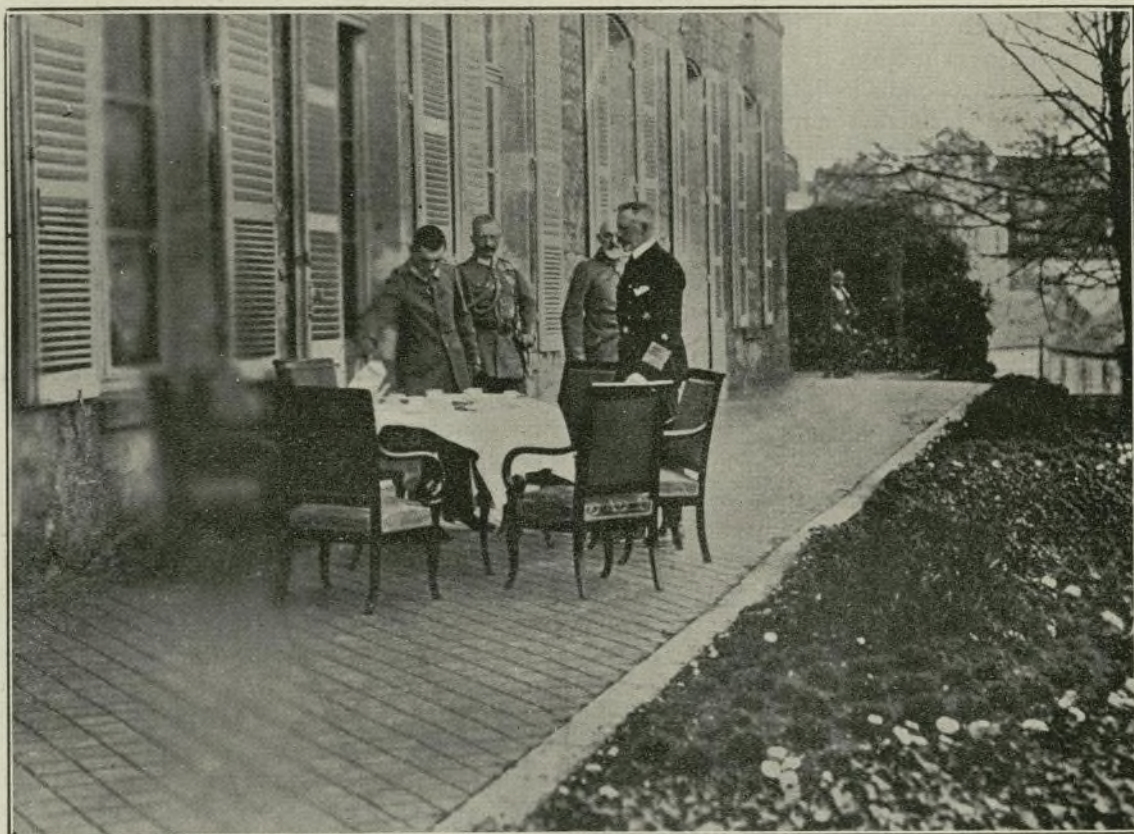


LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 77.—BARCELONA 6 DE NOVIEMBRE DE 1915



El Kaiser y su hermano el príncipe Enrique, durante una visita al coronel general von Heeringen

CRONICA INTERNACIONAL

I. La crisis política en Francia.—II. Briand y la paz.—III. Rusia y los Balkanes.—IV. Grecia y los aliados

I.—La crisis política en Francia

En los momentos presentes, la marcha de la guerra se refleja mejor en las cancillerías que en los teatros de operaciones. Los cerebros que dirigen los negocios públicos en algunos países comienzan a vacilar, han perdido la confianza en sí mismos y en su gestión, y cuando la cabeza titubea, todo el cuerpo se conmueve.

A la crisis parcial en Londres, ha seguido la total en París. Briand, uno de los hombres políticos de entendimiento más despierto y acaso el de mayor carácter de Francia, preside el nuevo Gobierno. En éste figura como ministro de la Guerra el general Gallieni, que era gobernador militar de París. Aquella teoría francesa de que al frente de los ministerios de Guerra y Marina debían figurar hombres civiles, se ha derrumbado como todo lo artificioso, aunque tal vez no tan pronto como hubiese convenido a la nación vecina; el peligro era inminente, y ha habido que llamar a un general, quedando los ministros civiles para los felices tiempos de la paz, cuando no hay responsabilidades inmediatas. Recuerden los lectores lo que en los primeros

meses de la guerra nos refirieron los periódicos franceses sobre desidias y descuidos de los últimos ministros. La teoría de que todo ministro ha de tener competencia especial en los asuntos del departamento que rige, hace muchos años que en Alemania ha pasado al terreno de la práctica, y es uno de los secretos de su formidable organización actual; pero en Francia aún no ha trascendido a los hechos.

En circunstancias poco envidiables ha subido al ministerio el general Gallieni, porque ni puede deshacer el camino recorrido, ni imprimir nuevo rumbo al conjunto de operaciones militares. Pero su concurso ha de ser inapreciable para el resto del Gobierno, porque el prestigio que siempre rodeó al ilustre general, acrecentado ahora por su intervención en la guerra, robustece al Gobierno y contribuye a darle una autoridad, que será muy necesaria si los acontecimientos se resuelven como ya se vislumbra.

En este concepto, no es menos atinada la designación de Briand para presidente, toda vez que este personaje es el político mejor dotado para afrontar las situaciones difíciles y críticas. Además, no figura

en el grupo de los enemigos recalcitrantes de Alemania.

Copiando lo que hizo Inglaterra meses ha, en el Ministerio francés han entrado varias personas, sin cartera, buscándose el consejo de inteligencias clarísimas y la unión de todos los partidos, que ha estado a punto de romperse ruidosamente. Y cuando en París se imita lo ideado en Inglaterra, he aquí que en Londres se reconoce con perfecta unanimidad que los ministerios numerosos llevan en sí mismos el gérmen de la infecundidad e impotencia. Para dirigir la guerra, en efecto, no son muchos consejeros, por grandes que sean sus talentos, lo que conviene; lo que importa es el concierto entre pocas voluntades, cuantas menos, mejor. Pero es muy duro que la actitud de Grecia y la pasividad de Rumanía se atribuyan a la verdadera y única causa: las victorias austro-alemanas; es más grato, y así no se pierde la esperanza, achacarlas a errores de la diplomacia, de los hombres, y cambiando éstos, el yerro se enmendará. Los franceses e ingleses han argumentado tanto y con tanto ingenio, sosteniendo la inevitable derrota de Alemania y el esplendoroso triunfo de los aliados, que es muy posible que, llevados de esa obsesión, se hayan convencido a sí mismos y crean que han convencido a los demás. No es el razonamiento, ni las demostraciones, ni las argucias, ni las promesas, lo que hoy mueve a los pueblos, sino los éxitos de las armas, que no admiten tergiversaciones, ni pueden ser interpretados a gusto de cada cual, aunque otra cosa se aparente.

II.—Briand y la paz

Al subir Briand al poder, ha hecho unas declaraciones de indudable trascendencia, las más importantes que se han publicado en Europa en los últimos meses.

Briand ha manifestado que la política francesa se resume en la *paz*, con la *victoria*. Entiende por la paz el restablecimiento del derecho de cada país a dirigir su existencia propia y cultivar su propia civilización, sin usurpar los derechos del vecino; y por victoria, el aplastamiento del militarismo alemán.

Este concepto de la paz, que admite las más variadas interpretaciones, puede ser admitido desde luego y sin inconveniente por todos los Estados beligerantes, y es una base en la que coincidirán desde Rusia a Turquía en el momento oportuno. La significación de la voz victoria es de una suprema habilidad: no se quiere vencer a Alemania, sino al militarismo alemán; pero como este militarismo es una frase hecha, tan sonora como vacía de sentido, basta que el canciller del Imperio haga en breve unas declaraciones oficiosas, recabando para Alemania el triunfo y condenando el militarismo (?) universal, para que la reconciliación *in mente* sea un hecho; la protocolaria vendrá después naturalmente y sin violencias.

La hinchada y arrogante prosa francesa de los últimos quince meses ha recibido un golpe de muerte, con esas palabras de Briand. El Presidente no habla ya de destruir a Alemania, ni siquiera de la reincorporación de Alsacia y Lorena, ni de tantas otras fantasías que han sido moneda corriente y de

todos los días. Se ha puesto desde el primer momento en un plano de relativa serenidad, que cuadra muy bien con su temperamento franco y resuelto, y que es de desear sea imitado por la prensa de su país. Hora es ya de que la templanza substituya a los apasionamientos, y se camine presto hacia el fin de una guerra en que hasta los vencedores tendrán que considerarse como vencidos. Esperemos algunas semanas, no muchas, para ver si los actos del Ministerio francés corresponden a la actitud y a las palabras de su presidente.

III.—Rusia y los Balkanes

Delcassée, el más ardiente adversario de Alemania, salió del Gobierno; ahora ha salido del gabinete ruso, Sazonov, que con aquel y Grey formaba el triunvirato que preparó el cerco de hierro y el dogal económico contra los imperios centrales. No parece demasiado seguro en su puesto el ministro británico de Negocios Extranjeros, pero, aunque no dimita, ha perdido a los dos mejores colaboradores de su política, y su situación ha sufrido fuerte golpe. No representa ya en la Gran Bretaña lo que antes.

El partido de la guerra ha experimentado un descalabro con la salida de Sazonov; la dimisión de éste es la mejor demostración—si ella fuera menester—de la derrota de Rusia; y, al mismo tiempo, es presagio de que los negocios públicos en aquel país no serán regidos exclusivamente por personas que se mantienen extrañas a las fuerzas vivas de la nación. Si fuera posible que representantes de estas clases escalaran el gobierno, la paz vendría enseguida, y, como consecuencia, se acabaría la guerra en los demás teatros.

Más equivocado aún que Delcassée, Sazonov no acertó a ver lo que todo el mundo adivinaba, y que hace muchos meses se dijo en estas columnas; que los intereses de Bulgaria coincidían con los de los imperios germánicos y eran antagónicos con los de Rusia, y, en general, con los de cualquiera otra potencia que tratase de apoderarse de los Dardanelos y Constantinopla. Sazonov creyó que lo que convenía a Rusia sería acatado sumisamente por los pueblos balcánicos; no hizo nada por apoyarles contra Austria, les pidió su concurso, sin ofrecerles, a cambio, su cooperación, y se limitó, cuando más generoso se quiso mostrar, a prometerles territorios enemigos, que estaban guardados por millares de bayonetas y fusiles. Cuando hayan transcurrido algunos años y quepa examinar sin pasión los acontecimientos de los últimos meses, nos sorprenderemos de que las cancillerías más sagaces y avisadas, obraran como si estuvieran convencidas de que no pocos pueblos eran cándidos e inocentes.

Más difícil que convencer a Bulgaria, le fué a Rusia atraer a Rumanía a su lado; Grey y Delcassée apoyaron calurosamente estas gestiones, favorecidos por las simpatías que sienten por Francia las clases más elevadas de la sociedad rumana. ¿De qué provino el fracaso? Ante todo, del empuje de los ejércitos alemanes; en segundo lugar, de la extraordinaria petulancia de los tres aliados. Mientras creyeron en la victoria, se presentaron altivos en las cortes balcánicas, y exigieron, más que solicitaron; fueron parcos en el reparto de la piel del león, y todo les parecía

demasiado para recompensar a los presuntos insignificantes aliados; a medida que se fueron desvaneciendo las ilusiones en el triunfo, aumentaron sus ofertas y su lenguaje se tornó más expresivo, pero ya era tarde, porque los ejércitos del Czar salían maltruchos de las provincias occidentales, abandonadas a los austro-alemanes. Por si esto fuera poco, palparon Rumanía y Bulgaria la diferencia de proceder de Alemania y los aliados. Alemania enviaba prodigamente a Turquía oro, obreros, oficiales, ingenieros, cañones y material de toda clase; ponía barcos a su disposición, destacaba submarinos a los Dardanelos. Los aliados sólo prodigaron buenas palabras a Serbia, le enviaron algún material, en gran parte de deshecho, y la incitaron un día y otro a seguir luchando briosamente. El movimiento se demuestra andando, y no con artículos de periódico, debieron de pensar en los Balkanes, y a este principio acomodaron su conducta.

Hay que desengañarse: cuando el cañón truena y los pueblos en masa empuñan las armas, la diplomacia vale poco y sirve para menos; y puesto que muchos generales han fracasado ¿qué más lógico que también fracasen los diplomáticos? No hay que extrañarse de que las derrotas en Rusia y en los Dardanelos, hayan sacado de sus puestos a Sazonov y Delcassée. ¿Cuánto resistirá Grey?

IV.—Grecia y los aliados

Podremos aquí creer que la situación de los aliados en los Balkanes se afirma por días, que Serbia no se encuentra en un trance desesperado, y que los búlgaro-austro-alemanes corren a un fracaso cierto; pero los griegos, que saben más de estas cosas, por verlas y tocarlas de cerca, no opinan lo mismo.

Rechazaron el ofrecimiento de Chipre que le hicieron los ingleses, y éstos, no pudiendo lograr el concurso armado de Grecia, se contentan ahora con el compromiso, por parte del Gobierno de Atenas, de que no pondrá impedimentos a la acción de los aliados en el Vardar, es decir, que se limitará a observar. Grecia ha contestado, renovando su protesta por los desembarcos en Salónica, movilizandole parte de su ejército, enviando al diadoco a revistar las tropas, negándose a apoyar a Serbia, y poniéndose al habla con Bulgaria. Ciego será quien no vea por dónde se va siguiendo esta actitud.

¿Qué sería de Grecia si las escuadras aliadas bombardeasen el litoral? Grandes los daños, inmensos, pero ¡qué espléndida compensación si triunfasen los alemanes! Gran parte del Asia menor volvería al poder griego, libre de las amenazas de Inglaterra e Italia; los submarinos alemanes encontrarían en las recortadas costas griegas, seguro refugio y abundante combustible... Es pronto todavía para que Grecia se presente más franca. Cuando los alemanes se acerquen a su frontera, y los turcos entren en Bulgaria, al lado de ésta, es muy probable que los aliados reciban el golpe más terrible, asestado por Grecia y Rumanía. Todo depende de que la fortuna no se aparte de las banderas del Kaiser.

F. LARIN.

LA BATALLA DE TANNENBERG DEL 26 AL 30 DE AGOSTO DE 1914

Seguramente entre todas las personalidades que durante esta guerra mundial desempeñan un papel preponderante, ninguna es tan conocida, tan popular como la de Hindenburg. Su terrible figura corpulenta, agigantada todavía más por las desproporciones fotográficas, su mirada serena y penetrante, su aspecto bonachón y hasta los largos bigotes descuidados, nos parecen los rasgos de uno de esos héroes semi-legendarios que los siglos, borrando lo pequeño y realzando lo grande, han impreso en los corazones de los pueblos. Y, bien pensado, ¿quién le conocía, al guerrero teutónico, fruto grandioso de la civilización refinada de occidente sobre los germanos soberbios, idólatras de la libertad,—quién le conocía, digo, antes de la batalla de Tannenberg?

El Emperador Guillermo II es un gran conocedor de los humanos y no es su menor mérito el que consiste en llamar a su lado a los hombres competentes para el regimiento del país. Consecuente, dirigióse al general von Hindenburg, cuando, a mediados de agosto, se agravaba la situación militar en el teatro oriental de la guerra. No hacía mucho que el general había abandonado el servicio activo. Así abandonó su tranquilo vivir de oficial retirado, para volver sus energías contra las negras masas de los cosacos rusos que, incendiando, pillando, devastando, invadían ya la provincia oriental de Prusia y amenazaban desbordarse sobre el interior del Imperio. Impedir la consumación de tal desgracia, era la tarea propuesta al nuevo comandante de las fuerzas orientales. Aceptóla con la seguridad de un hombre fuerte y resolvió el problema con brillantez nunca vista.

Dos ejércitos envió el Generalísimo ruso, Nicolás Nicolajewisch, sobre la Prusia oriental. El uno por el Norte, bajo las órdenes del general Rennenkampf, compuesto de cuatro cuerpos de ejército (2.º, 3.º, 4.º y 20.º), el otro por el Sur, fuerte de cinco cuerpos de ejército (1.º, 6.º, 8.º, 15.º y 23.º), al mando del general Shilinski. El primero llevaba dirección Este-Oeste, y marchaba a ambos lados del Pregel, en la línea general Wollowischki-Stallupönen-Gumbinnen-Insterburg-Königsberg. El segundo, saliendo de las fortalezas del Narew en la Polonia rusa, marchaba en dirección N. O. sobre la línea Mława-Willenberg, hacia Deutsch-Eylau y Allenstein. Fué Rennenkampf quien cruzó primero la frontera. Para hacerle frente, estaban en Prusia oriental los cuerpos de ejército 1.º, 17.º y 20.º, más reservas y «Landwehr» (tropas de la defensa territorial). El día 20 de agosto atronaban los cañones rusos el aire en Gumbinnen. Las tropas alemanas se vieron precisadas a ceder, retirándose tras del Angerapp y aún más al poniente. Entretanto alcanzaban las fuerzas del general Shilinski la frontera S., tocando con su ala izquierda la Prusia occidental, mientras que la derecha se dirigía a Ortelsburgo. El peligro era inminente de que ambos ejércitos rusos cogieran por los dos lados al alemán, como entre los cilindros de un molino, para aniquilarle totalmente. El comandante alemán pareció decidido a retirar sus fuerzas hasta el Vis-

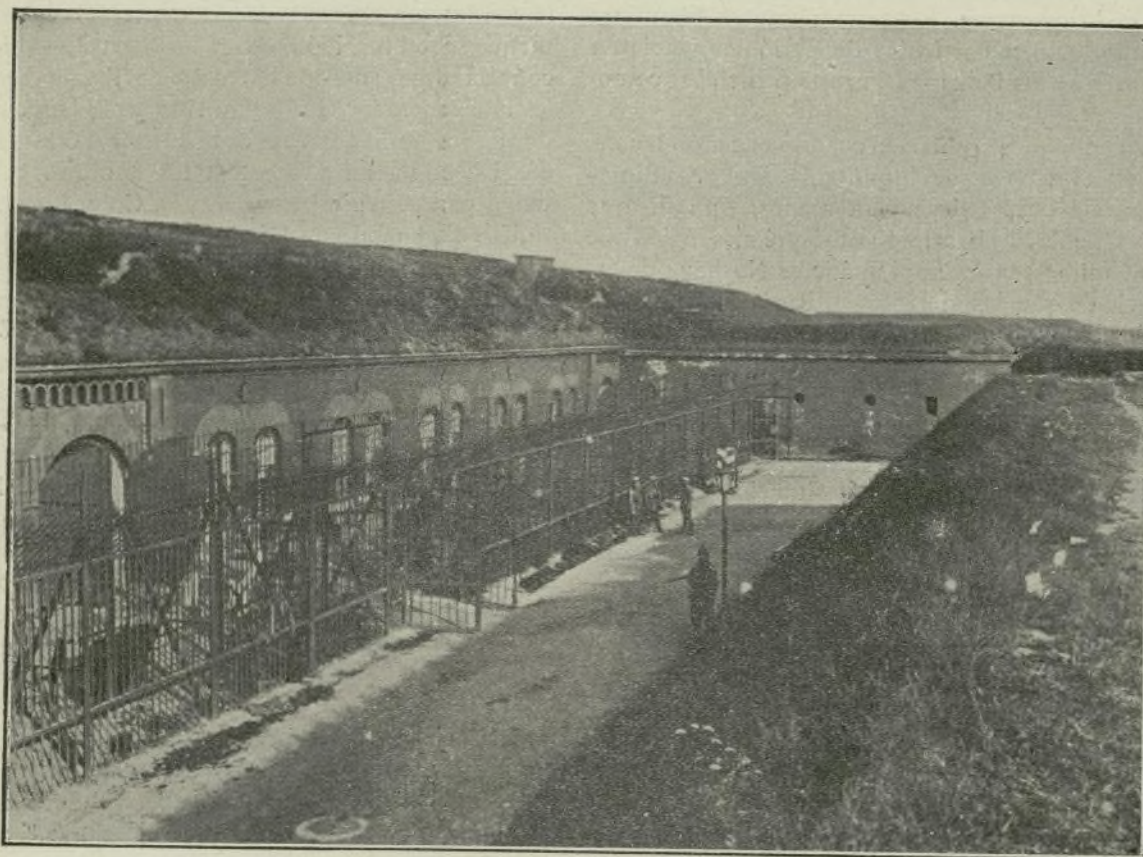
tula, donde, reforzados con nuevas tropas del interior, sería más de esperar una resistencia prolongada. Allí esperarían la decisión en Bélgica y Francia. Es decir, se reducirían a la defensiva.

Entonces ocurrió el nombramiento de Hindenburg como Comandante en Prusia oriental. Durante su viaje empezó a dar las órdenes relativas. Para él era el ejército del S. el que había que batir. Impedir a toda costa la reunión de ambos. Desprender, por tanto, sus fuerzas de las de Rennenkampf, sin dejar allá más que las estrictamente necesarias para entretener al enemigo, mientras se buscaba la decisión al Sur. Tal fué su primer punto de vista general.

Pero ¿cómo derrotar al ejército del Narew, un

marcha. Mas seguros de que ningún enemigo amenazaba en aquel difícil terreno, donde todo despliegue era imposible, decidieron los rusos avanzar siempre hacia el N. O. para salir cuanto antes a las planicies abiertas y firmes, donde los lagos no se extienden en esos amplios, traidores pantanos de Masuria que forman la retaguardia más peligrosa de cualquier ejército en combate.

Desde la altura de Ortelsburgo separóse más el ala derecha (dos cuerpos de ejército) del resto de las tropas, para avanzar en las líneas que de ese pueblo conducen, en dirección N. a Bischofsburgo, en la N. O. a Allenstein. El día 27 había alcanzado la extrema ala derecha la aldea de Kobulten (al S. de



Un fuerte de Lomza (Polonia rusa) evacuado por los rusos, sin combate

ejército muy superior en número, que entraba sin resistencia casi victorioso en país enemigo? ¡Hindenburg contestó a esta pregunta con la batalla de Tannenberg!

Según los datos fidedignos que hasta ahora he podido recoger (pues las noticias oficiales consisten en total en seis telegramas lacónicos del 29 de agosto al 4 de septiembre en que se anuncia la victoria y se consigna un número de prisioneros siempre creciente), los acontecimientos se desarrollaron de la manera siguiente:

El ejército del Narew, compuesto, según ya dijimos, de cinco cuerpos de ejército (divisiones de caballería obraron después cerca de Willenberg), había introducido en territorio prusiano, sin ser molestado, ni encontrar siquiera resistencia armada alguna. El frente alcanzaba desde el E. de Ortelsburgo hasta el S. O. de Soldau. La marcha se hizo en esta línea de 80 kms. sin perder la continuidad, a pesar de los numerosos lagos y pantanos de la región. Estas circunstancias hacían por demás temerosa la

Bischofsburgo), y Allenstein fué ocupado por parte del cuerpo de ejército que formaba el extremo izquierdo de la misma ala.

El ala izquierda asegura el camino de hierro que de Mlawá corre a Usdan y Gilgenburgo. El centro, en fin, íntimamente unido al ala extrema izquierda, avanzó sobre Neidenburgo y Hohenstein, alcanzando con su derecha los innúmeros lagos masúricos, que aquí son numerosos en extremo, sin ser muy extensos. Por Waplitzy y al S. O. empezaron a hacerse presentes destacamentos avanzados de un cuerpo de «Landwehr». Escaramuzas se siguieron, sin llegar a encuentros serios. Los alemanes retrocedían; sólo al poniente de Hohenstein se empezó a presentar el grueso del ejército. Una división de Landwehr también operaba más al S. contra el ala izquierda rusa.

Los cuerpos alemanes que el 22 luchaban todavía en Gumbinnen o Insterburgo, fueron arrojados sobre los ejércitos de Shilinski. Los cuerpos 1.º y 17.º debían atacar los extremos izquierdo y derecho

rusos, respectivamente. El segundo impediría al mismo tiempo, toda comunicación del enemigo con las tropas de Rennenkampf. La actividad de ambos sería envolvente de las alas adversarias. Por eso el ataque se verificó ya el 27 con todo encono.

Un cuerpo de reservas fué destinado con dirección de Allenstein, viniendo del Norte. En ayuda de las tropas de «Landwer», que desde el 26 sostenían lucha encarnizada en la línea de Hohenstein y Tannenberg, acudió contra el centro ruso el 20.º cuerpo de ejército.

El día 27, desde el amanecer, empezaron los rusos a ceder en su extremo izquierdo, ante la ofensiva incontenible del primer cuerpo. A eso de las 11 ocu-

do de cerca, se vieron arrojados sobre aquellos pantanos sin fondo, donde los caballos se hundían hasta la cabeza y los hombres morían a centenares. Los que, entre los lagos de la derecha y los de Passenheim, ocupaban los dos caminos que unen Bischofsburgo con Ortelsburgo continuaron la retirada, defendiéndose contra los ataques continuados de los alemanes.

El mismo día (28) alcanzó el cuerpo de reservas Allenstein y los rusos se vieron obligados a desocuparlo, después de 24 horas de posesión. Pero no solamente en la población, sino también a ambos lados de ella fueron derrotados. Emprendieron la retirada, un extremo hacia Passenheim, el otro rumbo



Uno de los reductos de Vilna, el día de su conquista por los alemanes

paban tropas de éste Usdan, luego Gross-Tauersee y por la tarde era ya indudable la derrota de los rusos. Estos huían en dirección de Soldau y Neidenburgo. Al anoecer, el extremo derecho alemán había conseguido cortar al enemigo la retirada sobre la frontera. La persecución se hizo general en dirección de Neidenburgo. Y mientras en el centro duraba el combate indeciso,—los rusos se habían fortificado maestramente en fosos y trincheras,—el extremo derecho ruso frente a Bischofsburgo habíase empeñado en terrible contienda contra el 17.º cuerpo alemán. Todo el día sostuvieron los rusos la ofensiva enemiga. Sólo por la noche empezaron a retirarse hacia Passenheim y Ortelsburgo, sin considerarse, sin embargo, vencidos. Pero los alemanes los cogieron incesantemente por el costado derecho. Su espalda y su flanco derecho están cortados aquí por lagos en toda la línea.

El 28, a los albores del día, se dieron cuenta exacta de lo crítico de su situación. Como el ataque alemán se continuara, pues el enemigo había segui-

a Hohenstein, en la esperanza de unirse aquí al grueso del ejército. El centro retrocedió, defendiéndose, entre las selvas y matorrales a su espalda.

Al N. de Hohenstein, en Hohenstein mismo y al S. O. hasta Tannenberg determinó la victoria el día 28 el 20.º cuerpo, que reforzó al de «Landwehr». Los vencidos se arrojaron en desorden sobre lagos, selvas y pantanos, completamente deshechos, desanimados, perdida la cabeza. El extremo del ala derecha alemana, después de flanqueado el enemigo, continuó su persecución, extendiéndose lo posible en la línea Neidenburg-Willenberg, con el objeto de impedir que la segura presa se evadiera por Willenberg hacia el S. E.

El 29 se continuó la persecución en toda la línea. La desmoralización del vencido y las circunstancias desventajosas del terreno produjeron enormes bajas en las filas de aquel y numerosos prisioneros para los alemanes. El ala izquierda rusa, vencida, mas no destruída, se había retirado regularmente. Intentó romper el frente enemigo en Neidenburg y en Pa-

chalowen. En ambos lugares fueron rechazados, después de agueridos combates, que duraron hasta por la noche. Cuéntase que aquí la desesperación de las tropas rusas era tal, que sólo a duras penas pudieron ser rechazadas. A sus espaldas esperábales horripilante exterminio; al frente las balas, sin piedad de los germanos. De ambas muertes preferían la segunda.

Mas no era un dilema. Tenía una salida. El día 30 se entregaron prisioneros los restos de dos cuerpos de ejército del ala izquierda, más de 20.000 hombres, en compañía de la oficialidad, los generales en jefe inclusive. Todo el día 30, fuera de encuentros y escaramuzas aislados, fué para los alemanes un día de botín en todo el frente. Aquí y allá, desde un matador salían los últimos disparos de un grupo de valientes, decididos a vender caras sus vidas. Luego eran exterminados o hechos prisioneros... La tarea de este día se continuó muchos más, mientras los prisioneros eran transportados al interior y el grueso de las tropas se disponía a ir al cumplimiento de su deber más al Norte, donde aún permanecía intacto el ejército de Rennenkampf.

El día 30 se anunció la aproximación de una división de caballería rusa en dirección de Willenberg. Rápidamente se cambió el frente. La noticia de la derrota había cundido y el atacante fué desbandado sin gran trabajo y arrojado hacia el Este.

Así terminó la empresa del general Shilinski. En los lagos y pantanos habían perecido miserablemente cerca de 150.000 rusos. Prisioneros fueron hechos más de 90.000; del resto, los unos cayeron bajo las balas alemanas, y muy insignificantes grupos lograron escapar a la muerte o a la prisión.

Las pérdidas alemanas permanecen hasta la fecha desconocidas. Que no fueron muchas pruébalo la victoria sobre el ejército del general Rennenkampf, que obtuvieron las mismas tropas pocos días después.

* * *

Para juzgar definitivamente el verdadero valor estratégico de la victoria de Tannenberg es preciso esperar la publicación de la descripción oficial de la batalla y sus antecedentes inmediatos, pues sólo entonces contaremos con el material suficiente de detalles acerca de las circunstancias determinantes de cada una de las partes de la batalla en particular, así como de los móviles precisos y reales—y no solamente presuntos—que guiaron a los jefes comandantes en la dirección del combate.

Mientras esto acontece, podemos, sin embargo, conceder al general von Hindenburg y no menos al muy distinguido jefe de su Estado Mayor, general de división Ludendorff, un puesto muy elevado entre todos los jefes de ejército que cuenta la historia. Si es verdad que los métodos militares se valúan por sus resultados, no cabe duda que Tannenberg llena de gloria a los vencedores. Una destrucción tan completa del enemigo no registra la memoria de los hombres, fuera de Canas y Sedán. Y aun sobrepasa a éstas, si bien la de Aníbal es proporcionalmente más perfecta.

Por tradición ámase en Alemania al gran Aníbal. Natural es que la comparación del nuevo héroe con el cartaginés fuera la primera idea que las victo-

rias de la Prusia Oriental despertaran en los ánimos regocijados de los germanos. Y no sin razón.

Los dos principios que guiaron a Aníbal en la batalla de Canas son: primero, envolver al enemigo flanqueándole, para caerle en las espaldas; segundo, batir al enemigo por partes. El segundo conduce, como consecuencia, a la realización del primero. Pero no es indispensable pasar por ese escalón. Si se puede destruir al enemigo de una vez, flanqueándolo, se ha conseguido el fin. Practicable es, cuando se trata de un enemigo inferior; en el caso contrario es demasiado peligroso para ser de buena estrategia.

El ejército de Hindenburg realizó magistralmente el primero de los citados principios en la batalla de Tannenberg, pues que arrojó sus mejores fuerzas contra las alas extremas del ejército ruso, las flanqueó, rechazándolas de continuo, envolvió, en fin, al enemigo en su totalidad, cortándole todas las líneas de retirada. Si siendo el enemigo muy superior, como era, logró vencerlo Hindenburg, sin hacerlo por partes, a semejanza de Aníbal en Canas, se debió muy especialmente a las particularidades del terreno pantanoso y cubierto de lagos, que hizo tanto o más en favor de los alemanes que habría hecho un ejército igual al operante. Mas aprovecharse de las ventajas naturales del campo de batalla, saber escoger éste, obligar al enemigo a combatir en el escogido, son otras tantas características del genio militar.

J. C. GUERRERO.

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

A vueltas con el mismo tema

(El señor B).—¿Ha visto V. qué ingratitud, la de los griegos?

(El señor A).—¿Dónde me deja V. la de los rumanos, señor B?

(El señor B).—Estamos presenciando unas cosas tan abominables, que casi se avergüenza uno de ser europeo. Y no digamos nada de Bulgaria...

(El señor A).—Calle V. señor B.; ni cite V. ese nombre ¡qué indignidad!

—¡Caballeros, cómo se despachan ustedes! ¿Qué dirán los balkánicos si se enteran? Y todo, ¿por qué? ¿porque no quieren hacer el caldo gordo a los ingleses?

(El señor B).—Apenas puedo creerlo; después de lo que Grecia debe a Francia e Inglaterra...

—¿Muchos millones? ¡Buenos intereses, o acaso buenas tiras de pellejo le costarán!

(El señor A).—No se trata de dinero, sino de algo más substancial. ¿Qué hubiera sido de Grecia, sin el apoyo de Francia e Inglaterra?

(El señor B).—Y de Rumanía, sin el de Rusia.

(El señor A).—Y de Bulgaria, sin el de las tres Potencias.

(El señor B).—Y de Portugal, sin el de la Gran Bretaña.

(El señor A).—Y de Dinamarca, sin el de Francia.

(El señor B).—Y de Holanda, sin el de Inglaterra.

—¡Qué chaparrón! ¡Es verdad! A todos les ayudan a bien morir, con los exorcismos de la justicia,

el derecho y la libertad. Pero, vamos a cuentas, señores míos ¿cuáles son los motivos de tanta indignación?

(El señor A).—Grecia se resiste a sumar sus fuerzas a las de los aliados...

(El señor B).—Rumanía vuelve la espalda a Rusia y no quiere intervenir a su favor...

(El señor A).—Bulgaria olvida que debe su vida a Rusia...

—Y ustedes lo olvidan todo. Si les interesara más de cerca, si fueran griegos, búlgaros o rumanos, lo tendrían más presente en la memoria. ¿Qué agravios ni qué resentimientos con Alemania y Austria tienen esas naciones?

(El señor A).—¿Lo pregunta V. en serio o en broma?

—Lo pregunto, porque no lo sé.

(El señor B).—Respóndale V, señor A., y confúndale.

(El señor A).—No; hable V., señor B., que lo sabe mejor.

(El señor B).—Voy a leer unos artículos de *The Times*...

(El señor A).—Y yo otros de *Le Temps*...

—¡Gracias a Dios! Por fin asomaron la oreja los grandes oradores. ¿No podrían ustedes proporcionarme alguna demostración, sin acudir a la lectura?

(El señor B).—No recuerdo bien las fechas; como tengo mala memoria...

—No son fechas, lo que necesito, sino hechos.

(El señor B).—Ello data, me parece, de los tiempos de un paleólogo. ¡Ayúdeme V., señor A!

(El señor A).—Las instituciones democráticas de Grecia, se deben a Francia, y tengo una idea de que la libertad de Rumanía...

—Lo oigo y no lo creo. ¡Prestarse al ridículo dos personas cultas y sensatas, sólo por gustarles ser portavoces de unos periódicos hueros, de más intención que un toro! Cada día me convenzo más de que el libre albedrío, la independencia de juicio, es un mito.

(El señor A).—¿Por ventura es posible recordar todo lo que se lee? Se forma uno el concepto general; los detalles no son necesarios, y se olvidan.

(El señor B).—¿Cómo no rendirse, a veces, al criterio de personas que saben más que nosotros? O es que V. pretende saberlo todo y endiosarse?

—¿Cuáles son las facultades del alma? Memoria, entendimiento y voluntad. Ustedes, buenos creyentes, no me negarán que tienen alma, y por consiguiente deben poseer memoria, entendimiento y voluntad, no para guardarlas en un bolsillo del chaleco, sino para servirse de ellas. De lo contrario, renuncian ustedes al alma y descienden en la escala de las especies. Pues bien, la memoria me sirve para recordar, por lo menos, lo que ha acontecido en mi tiempo, el entendimiento para comprenderlo y la voluntad para no dejarme llevar de opiniones ajenas, y menos aún si de antemano sé que son interesadas y parciales.

(El señor A).—¿A dónde va V. a parar con ese discurso teológico?

—No tan lejos como los internados de Rusia, a quienes se ha enviado a Siberia y a los Urales en busca del derecho, de la democracia y de la libertad. ¿No era más sencillo facturarlos para Inglaterra, que protege a los débiles?

(El señor B).—¿Volvemos a la carga, don Subrio?

—¡No, en mis días! Sé muy bien que para atraer a Grecia, Inglaterra ha empezado por tragarse a Chipre, engullirse a Imbros, sorberse a Mitilene, y ahora, con la cooperación de los franceses, merendarse a Salónica. ¡Calculen ustedes la deuda de gratitud contraída por Grecia, y la obligación moral en que se encuentra de desangrarse para facilitar la voracidad de sus poderosos protectores!

(El señor A).—Pero ¿no ha ofrecido Inglaterra la devolución de Chipre?

—Eso es el inri. Primero se la apropian, y luego se sirven de ella, como cebo, para seguir pescando. No está mal la combinación.

(El señor B).—Es vergonzoso que Grecia no combatiera a Turquía y deje de sumarse con los cristianos.

—Hay una pequeña diferencia: que el infiel mahometano se ha dejado despojar, y los otros, los de la cáscara amarga, tienen la mano dura y los dedos largos.

(El señor A).—Pase lo de Grecia; en cambio Rumanía...

—Ayudó a Rusia hace veintiocho años; por ella perecieron a millares los rumanos, y la recompensa fué que el amigo les arrebatara la Besarabia y les entregara, como compensación, las marismas, ciénagas y pantanos del Danubio, por mal nombre, Dobrutscha. Desde entonces, Rumanía ha renunciado a llamarse Benito, y mucho más a sus amigos. Con otro auxilio a los aliados como el de 1877, iría a parar al mar Negro.

(El señor A).—¿Y Bulgaria, que se ha vendido por un plato de lentejas?

—Las mismas que trafican los grandes mercaderes. Deseaba un aumento de territorio, a que creía tener derecho por sus victorias de 1912; Turquía le cedió el que pedía; Serbia se negó, y Bulgaria ha ido a recogerlo. ¿Hay algo sorprendente en esto?

(El señor B).—Mucho: que Bulgaria lo pospone todo a los miserables beneficios materiales.

—Por dinero baila el perro... y los que no lo somos también. ¿Han olvidado Vds. los ideales que han metido a los italianos en un Isonzo?—antes, al Isonzo llamábamos atolladero.—¿Y lo que los ingleses han hecho con las colonias alemanas? ¿Y el reparto de Alemania y Austria, con que hace un año se llenaban la boca franceses, ingleses y rusos? ¿Y cómo estos tres futuros enemigos y los que se bañan en el Isonzo, se repartían el Asia menor, y la mayor? El derecho y la libertad son los huesos, que se arrojan al público; las tajadas son bastante más substanciales, pero, ya lo saben Vds., del plato a la boca, se pierde la sopa.

(El señor A).—Para V., los aliados siempre obran mal.

—No, señor. Estoy maravillado del celo con que rivalizan en marchar a socorrer a Serbia. Si no fueran los cumplimientos, que se estilan entre personas tan finas...

(El señor B).—¿A qué alude V., con esas palabras?

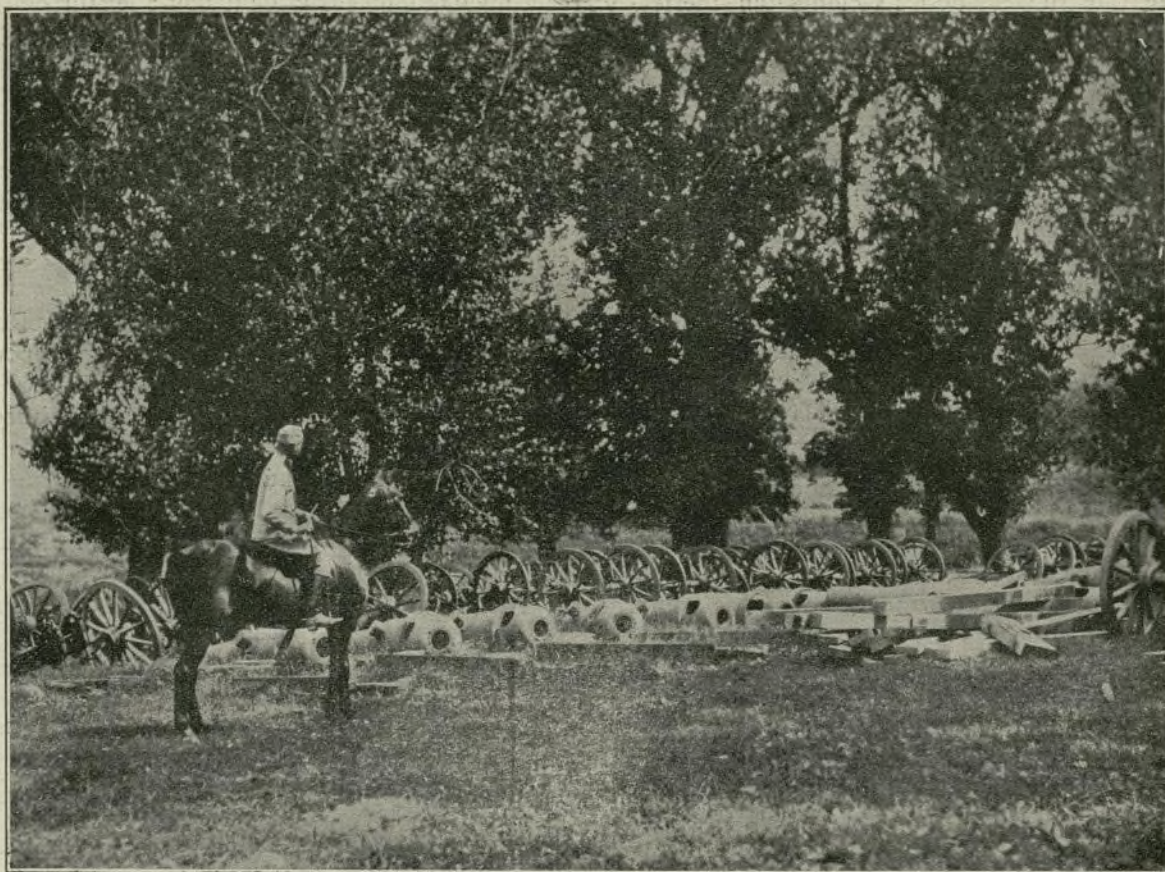
—Que nadie quiere ser el primero en pasar la puerta greco-búlgara. ¡Pase V.! ¡No, V. primero! ¡No, de ninguna manera!... Y, entre tanto, los serbios, se han puesto roncós de tanto gritar: ¡al lobo! ¡al lobo! Si no hubiera serbios, habría para morirse de risa.



Oficiales ingleses y franceses prisioneros, en el parque del castillo de Maguncia



Chozas de los campesinos polacos, antes de su incendio por los rusos



Cañones inutilizados por los rusos en Brest Litowski, antes de la evacuación de esta plaza



Columna de cocinas de campaña alemanas en Rusia

Ayuntamiento de Madrid

(El señor A).—¡Vaya un atropello, el que cometen los austro-alemanes! ¡Naciones tan fuertes, y que no se avergüencen de aplastar a un pueblo chico!

—Casi tanto como el de los boers, y como Marruecos, y como Egipto... En hablando de ciertos países, no puedo sustraerme al empleo de la palabra *como*, que viene del verbo *comer*. Tal vez los austriacos se cansaron de que les tomaran Semlin y Sarayevo, y de que los montenegrinos se apoderaran de Dalmacia.

(El señor B).—Buen jaque les están dando los rusos a los alemanes. ¡Vaya unas palizas!

—¡Colosales! ¡Y qué manera de edificar en Rusia, y de poblarla! ¡Cómo se enriquece la geografía! Unos días *construyen* ocho pueblos; otros, doce... Sin duda se han arrepentido de la devastación que llevaron a cabo, y ahora están repoblando el Imperio.

(El señor A).—¿Ha perdido V. el juicio, don Subrio? ¿Qué son esas incoherencias?

—¡Como no están en ningún mapa los nombres de los pueblos de que se apoderan! Y ¡qué bravura! Con sólo 51 bajas propias, el otro día pasaron a cuchillo una división alemana y capturaron 14.000 prisioneros. ¡Pensar que tales proezas son obra de los celos!

(El señor B).—Ya se ha disparado V., don Subrio. ¿También, celos?

—Ciertamente, de los italianos. Estos poseen un Isonzo, y los rusos han querido poseer un Styr y un Stripa. ¿Qué se dirá de ellos cuando salgan del Stripa? De hacer, deshacer; de mentir, desmentir; y ¿del Stripa, cómo saldrán?

(El señor A).—¡Bien, bravo! ¡don Subrio entregado a juegos de palabras!

—Lo he aprendido de los franceses. En este punto, no conocen rival. ¿No leyeron Vds. lo que decía un periódico de la lejana República?

(El señor B).—¿Cómo, lejana?

—¡Claro! ¿No termina Europa en los Pirineos? Pues, el tal periódico decía que el *Marne* estaba *morne*, porque los *boches* se habían guardado en los *poches* las *cloches* y las *balises* que había en unas *églises*. La cosa no tiene gracia, pero podría tenerla. El caso es olvidar las penas y no acordarse de la Champagne ni del Artois.

(El señor A).—¡Qué mal sonarán esos nombres en los oídos de los alemanes!

—Por eso quieren los franceses permutarlos por otros: al vino de Champagne, le llamarán en lo sucesivo, *le vin du cimetière*, y al Artois, *le laberinthe*. ¡Cualquier día vuelven los alemanes a un *cimetière*! ¡el miedo guarda la viña! ¡Sobre todo si es de Champagne!

(El señor B).—Y ¿al laberinto?

—Lo reservan para los ingleses; quieren cazarlos con liga, para que salgan de Dunquerque y Calais. Pero los ingleses continuarán fieles a su lema: mi patria, la Gran Bretaña, es todo país por donde voy o donde estoy. Si los alemanes no han sido capaces de convencerles de su error ¿cómo van a convencerles los demás? Más vale que estén en Dunquerque que en otra parte, ¿no les parece a Vds.? ¡Lástima que no haya más desembarcos en Asia y en el N. de Europa! A mí ¡me encanta contemplar los astros con la ayuda de un telescopio! Cuanto más lejos es-

tán, más se destacan sus grandezas; pero si se acercan, me dan tentaciones de llamar a los turcos.

SUBRIO ESCÁPULA

FUGITIVOS POR FUERZA

La *Ruskoye Slovo* del 5/18 de agosto publica la carta siguiente de un corresponsal en Ufa (al pie occidental de los Urales):

La ola de los refugiados ha inundado toda Rusia, hasta los Urales, y se extiende a Siberia. Sé por los periódicos en qué condiciones se encuentran los refugiados en Moskú; es espantoso, pero su situación parece un paraíso si se la compara con la de los que se hallan aquí. En Moskú tienen, por lo menos, un techo y un pedazo de pan, y, lo que es más importante, saben que hay quien se preocupa de ellos. Véase lo que sucede aquí.

Al extremo de la estación de Ufa hay inmensos trenes, henchidos de fugitivos. Junto a ellos está la ropa sucia, y los niños juegan alrededor de los coches. El cuadro es constantemente el mismo: gentes y efectos reunidos en montones; ancianos, mujeres, niños, enfermos extenuados por la larga marcha, entre utensilios y muebles, inútiles casi todos; lo que se ha encontrado a mano se ha reunido a toda prisa, como en un incendio. Todos parecen enloquecidos; es un espectáculo impresionante de miseria. Paso de un coche a otro y trato de entablar conversación: nadie comprende el ruso. Los más son lituanos, ucranios, judíos. Se oyen idiomas incomprensibles. Interrogo a uno de los fugitivos, y no me contesta. Su vecino me dice en mal ruso:

—No comprende a los extranjeros.

—¿Qué lengua habla?

—Sólo la ucraina; este coche es de refugiados de la Volinia.

—¿Dónde van?

—No lo sabemos. Se nos transporta, pero no sabemos a dónde.

—¿Cuándo os pusisteis en camino?

—Hace un mes, dice uno; hace seis semanas, responde otro.

Uno de ellos añade, con resignación:

—Nos es igual; pero ¿por qué no decírnos a dónde se nos lleva?

—Creo que a Siberia, interrumpe otro.

—¿Por qué se nos conduce a Siberia?

—Poco importa eso, siempre que sea más cerca de la muerte, añade sumiso el otro.

Sigo, henchido de emoción, preguntando a los desgraciados:

—¿Habéis comido, hoy?

—Todavía no; estamos esperando... Se nos prometió darnos de comer todos los días...

—¿Cuándo habéis comido por última vez?

—En Samara, hace dos días.

El hambre, la suciedad, la falta de sitio y de aire, favorecen el desarrollo de las enfermedades entre esas gentes.

—¿Hay aquí algún enfermo?

Me muestran varios de ellos en cada coche.

—¿Les ha visto el médico?

—No.

—¿Qué enfermedades padecen?

—¡Dios lo sabe! Todos tienen daño en el estómago.

Me acerco a uno de los enfermos, tendidos sobre el suelo. Está desnudo, y muy amarillo. Los síntomas son de disentería, vómitos, convulsiones. ¡El cólera!

En un coche, entre inmundicia, yace una mujer; un pañuelo cubre su rostro.

—¿Está enferma? pregunto.

—¡Ha muerto!

—¿Cuándo?

—Esta mañana.

Consulto el reloj; son las cuatro de la tarde. Ni se han llevado el cadáver, ni se ha procedido a la desinfección; nadie se preocupa. Esa mujer, ayer todavía era bien parecida, cuidaba a sus hijos, cayó enferma la noche pasada.

—¿Hay más difuntos?

—¡Muchos! Todos han sido atacados al mismo tiempo.

Los más de los fugitivos son campesinos, pero también hay artesanos y obreros de fábricas. Como sé que faltan obreros para la fabricación de las municiones, procuro investigar si un representante de la Junta de industriales de la guerra se ha enterado de si entre los refugiados se encuentran obreros útiles para esas industrias.

—No había ninguno, se me respondió.

Pero, no es cierto. Uno de los desventurados me dijo llorando:

—Soy carpintero; he trabajado en las fábricas: concededme la libertad y encontraré trabajo.

—Pero ¿quién te impide partir?

—Se me ha traído aquí por fuerza, sin pedirlo yo. ¡Me es imposible libertarme! Se me conduce a otra parte; ¿a dónde?, lo ignoro. Me han dicho: os hemos recibido y debemos entregaros a otro.

Cito textualmente las palabras. Hé aquí, en efecto, la condición de los fugitivos:

Se les ha aceptado como mercancías, como ganado; se les ha numerado, y se ha dado a conocer a

cada cual su número. No son seres humanos; es un cargamento. En Samara, por ejemplo, han sido expedidos *tantos*; se comprueba el número en Ufa, se toma nota, y se aceptan *tantos*. Si el carpintero quedara en algún sitio, se perdería una parte del cargamento y se faltaría a su «deber».

¿Por qué no se ha hecho nada para recibir a los refugiados? En todas partes sucede lo mismo. Me avergüenzo de preguntarlo. No se esperaba la llegada de internados. Se diría que caen de la luna. Hacía mucho tiempo que se sabía que las regiones más pobladas del Imperio estaban invadidas, pero nada se hizo para aliviar la suerte de aquellos a quienes las autoridades obligaban a abandonar su país. Ni el Gobierno, ni la caridad privada se preocuparon. Todo lo que se hizo fué admirarse de que hubiera tantos refugiados.

Los representantes del Gobierno, de la caridad pública, así como una muchedumbre inmensa, han corrido como si se tratase de un incendio; todos se apresuran, pero nadie hace nada por los refugiados.

Cuando he salido de la estación, un tren se ponía en marcha. Volvían a llevarse a los refugiados, sin haber comido (era el tercer día). Ignoro si retiraron el cadáver de la mujer que yo había visto algunos momentos antes. Me pareció que aquel tren se ponía en marcha para la eternidad, donde todos nos encontraremos un día...

P. ACHEVSKY

(De *L'Ukraine*).

Fundándose en razones de orden militar, el Gobierno ruso ha prohibido la internación en masa de los habitantes de las comarcas amenazadas por la invasión. La orden enviada a los comandantes de los tres grupos de ejército, dice así:

«La evacuación de la población civil fuera de los territorios amenazados de invasión, ha embarazado gravemente los transportes militares. En consecuencia ordeno que en lo sucesivo la evacuación se limite a los objetos que tengan utilidad militar directa, y que las demás propiedades se abandonen intactas. Únicamente los hombres en estado de llevar las armas, deberán ser evacuados hacia el interior. Cualquiera otra persona, no puede serlo contra su voluntad; se recomienda no permitir la evacuación más que en casos excepcionales».

CRONICA MILITAR

I Peligros que se derivan de un ataque a fondo en el frente occidental.—II. Consecuencias de la invasión de Serbia, en los demás teatros de la guerra.—III. La derrota del ejército ruso.—IV. La campaña en Serbia—V. La situación el 1.º de noviembre

I.—Peligros que se derivan de un ataque a fondo en el frente occidental

Desde que terminó la batalla del Aisne, los alemanes no han ejecutado ningún ataque general, ni siquiera a fondo en un punto, contra las líneas de los aliados, y éstos, aunque han asumido la ofensiva en varias ocasiones, sólo el día 25 de septiembre se decidieron a empeñar en combate la porción mayor de su ejército y a proseguir el avance hasta que les faltaron fuerzas y energías para completar el éxito inicial. La inferioridad numérica de los efectivos alemanes, y las tremendas pérdidas padecidas por sus adversarios, justifican esa actitud poco resuelta;

unos y otros han de reservar sus fuerzas, en previsión de que llegue un día en que les hagan falta.

Buscando los alemanes el fin de la guerra en las operaciones que se desenvuelven contra Rusia y en los Balkanes, les basta permanecer a la defensiva en Francia y conservar su carácter de invasores. En cuanto a los aliados, perdieron la oportunidad de apoyar a Rusia, cuando los ejércitos de esta nación fueron destrozados, y en cambio atacaron con ímpetu en los últimos días de septiembre. Nuevo motivo para una violenta ofensiva se está presentando ahora, toda vez que la mejor manera de auxiliar a los serbios sería derrotar a los alemanes en otro teatro.

Si saldrán o no de su conducta expectante, no puede predecirse; pero sí es evidente que si hay razones fundadas que les inclinan al ataque, existen otras no menos poderosas que les inducen a perseverar en su pasividad.

Ante todo, no cabe ya poner en duda que es posible la ruptura de los frentes alemán y anglo-francés; ello es cuestión de arrostrar, sin intimidarse, las pérdidas que llevará consigo semejante empresa, y de lanzar reserva tras reserva a los puntos atacados, sin dejar de amenazar en los demás sectores del frente, amenaza realizable gracias a la superioridad numérica de los aliados sobre los invasores. Pero la victoria no está en la ruptura de las líneas enemigas, sino en la derrota del ejército rival, y podría suceder que una batalla que comenzara y se desarrollara felizmente, tuviera un fin desastroso.

En toda batalla, y en general en toda maniobra estratégica, hay un momento, que se llama crítico, en que la victoria está en el fin, inclinándose de pronto el éxito, rápida, bruscamente, hacia uno de los dos bandos. La historia demuestra la frecuencia con que se repite el hecho de que un ejército que se cree derrotado, obtenga un triunfo que no esperaba. Casos salientes fueron, desde este punto de vista, las batallas que, a los dos lados del Mosela, se libraron antes de la decisiva de Gravelotte-Sain-Privat, el año 1870; la de Lino-Yang, en 1904, y la de Kirk-Kilissee, en 1912, entre búlgaros y turcos. Unas veces, es la voluntad, que se quiebra, de uno de los generales en jefe, la que lleva a un ejército el convencimiento de la derrota y le impele a la retirada; otras, las menos, es consecuencia de la situación general y del estado de las tropas. Esto es lo que podría acontecer en el frente francés.

Después de la jornada del 26 de septiembre, fué imposible ocultar el agotamiento del ejército de Joffre, que acabó de perder su capacidad ofensiva el día 28. Hubiérala recobrado el atacante, si fuertes y nuevas reservas, intactas, se embebieran en sus filas y completaran la victoria táctica; tras la primera línea de atrincheramientos, cayera la segunda, y luego la tercera, viendo por fin los franceses el campo libre, sin defensas ni posiciones organizadas para la resistencia. Tan supremo esfuerzo, exigiera que también las reservas quedaran maltrechas y desbaratadas, y la desorganización, la confusión, el aflojamiento de los lazos tácticos, revestirían, en aquel momento, caracteres agudos: es el cuadro que se ofrece en toda batalla violenta y encarnizada, el instante de la crisis. Si coincidiendo con él, la voluntad, la entereza del defensor se doblegara, tras la ruptura de las líneas vendría la victoria final. Pero, ¿si el enemigo no se resignara a la derrota, y, previendo la inevitable crisis, contraatacara, prevaleciendo de la ventaja de la confusión reinante en el ejército hasta entonces vencedor? Economizando fuerzas, por la protección de las trincheras, el defensor puede tomar tranquilamente sus disposiciones para preparar la contraofensiva, y no necesita de copiosas reservas para destrozar al agresor. Por consiguiente, más peligrosa que la ruptura del frente es la situación que sobrevendría inmediatamente después. Las numerosas vías férreas de Bélgica, en estrecha conexión con las de Alemania, y las tropas que guarnecen aquel reino, favorecerían la rápida

concentración de tropas de refresco, con que asestar el contragolpe.

Se argüirá, quizás, que el atacante tiene a su disposición un medio sencillo de descartar el peligro expuesto: atrincherarse, hacerse fuerte, en el terreno conquistado, a medida que lo vaya ocupando. Pero este método es incompatible con un éxito rápido, y ha sido la causa, probablemente principal, del fracaso de la última ofensiva anglo-francesa; porque el tiempo y las energías que pierde el ofensor en aquellas medidas, lo emplea el atacado en robustecer sus atrincheramientos y construir otros nuevos, de suerte que la resistencia general de la posición se vigoriza en la dirección del ataque y es proporcional a la lentitud con que avanza el asaltante. Esta verdad ha sido repetidamente confirmada por los hechos: todos los éxitos obtenidos en el frente occidental, por los dos beligerantes, lo han sido en las primeras horas; después, la lucha ha languidecido, y lo más que ha podido lograrse es completar la posesión de un pueblo o aldea o reconquistarlas. Una acometida lenta, por tenaz que sea, en la que el atacante se preocupe tanto de asegurar su posición como de ganar terreno, está condenada a salir frustrada. La victoria ha de ser compañera de la rapidez, de la brusquedad en la acción, sin reparar en pérdidas ni sacrificios. Y cuando se ataca en esta forma, no es lo temible lo que se tiene delante, el obstáculo que es menester allanar, sino lo que se presentará después: el ejército, desorganizado por el asalto a las posiciones—que ejercen sobre la cohesión de las tropas un influjo más funesto que las incidencias de una batalla campal—y en las peores condiciones para maniobrar, puede encontrarse delante de otro intacto, que no necesita ser muy numeroso para arrebatarse la victoria.

Este es el peligro mayor de una ofensiva en grande escala, tanto para el uno como para el otro beligerante, puesto que a los dos se aplican los razonamientos que preceden. En estas condiciones, se comprende que predomine la lucha de trincheras sobre los métodos activos, y que se trate de quebrantar el espíritu del adversario, poniendo a sus nervios en continua tensión y esforzándose en obtener sobre él ventajas insignificantes, pero ininterrumpidas, para adquirir la superioridad moral; ganada ésta, la material es cosa fácil, y los riesgos apuntados se esfuman y casi desaparecen. A este fin propenden los esfuerzos de alemanes y franco-ingleses, pero como los dos rivales son dignos el uno del otro, la guerra no pierde su aspecto indeciso, y es menester buscar la resolución en otro teatro.

II.—Consecuencias de la invasión de Serbia, en los demás teatros de la guerra

Por mucho que se repita, nunca se dirá bastante: la mejor forma de auxiliar a Serbia no es enviar uno o varios ejércitos en su socorro, sino derrotar a los austro-alemanes en el E., en el O. o en el S.; y no es menos evidente que, si han emprendido los imperios centrales la campaña contra Serbia, es porque están convencidos de que sus líneas de los otros tres frentes son lo bastante fuertes para desafiar los mayores esfuerzos de los aliados.

Estos han ensayado ya el auxilio indirecto a Ser-

bia: la primera tentativa la hicieron los anglo-franceses, cuyo ejército quedó casi diezmado, sin obtener ninguna ventaja estratégica, ni cambiar la situación general; han seguido los italianos, con resultado más adverso todavía; y antes y después que todos, los rusos luchan con admirable tenacidad.

En el segundo aspecto, se ha comprobado la fortaleza de las posiciones alemanas en Francia y de las austriacas en la frontera italiana; en Rusia, aún no se ha llegado a una situación estable, porque los alemanes sostienen su ofensiva en unos puntos y no la interrumpen los rusos, en otros. Ello merece un ligero examen.

Buscando los alemanes la decisión de la guerra en un ataque contra las colonias musulmanas de Inglaterra, los Balkanes debían ser el primer teatro; y, en este sentido, parecía lógico que el sector en que procurasen afirmar más su superioridad, en el frente oriental, fuese el del S., tanto para atraerse la amistad o la alianza de Rumanía, como para descartar la eventualidad de que los rusos se revolvieran contra Bulgaria, y marcharan también a los Balkanes. Sin embargo, a la vista está que los austro-alemanes apenas han prestado atención a Volinia, Galizia oriental y Besarabia, no preocupándose el peligro de que los rusos, derrotados en todas partes, se mostraran arrogantes a las puertas mismas de Rumanía y detentaran un pedazo de territorio austriaco. La grande ofensiva austro-alemana se inició en el centro, contra la línea del Vístula, y enseguida se trasladó al N., donde alcanzó el máximo vigor y donde continúa. En el S. y aprovechándose de la posición avanzada en que habían quedado los ejércitos de Ivanov, sólo ejecutaron un débil movimiento envolvente en Volinia, que puso en sus manos la plaza de Luzk, y permitió adelantar sus líneas de Galizia desde el Zlota-Lipa al Strypa; después, toda su actividad se ha reducido a repeler la ofensiva rusa y contraatacar, pero ni siquiera han preparado en este sector sólidas posiciones atrincheradas, ni, realmente, deben estimar definitiva una línea que abandona al enemigo una porción de provincia austriaca. Luego, a juicio de los alemanes, no es definitiva la situación que se ha creado en el extremo S. del teatro ruso.

Sin conocer los datos y antecedentes que posee el Estado Mayor alemán, tanto sobre sus propios ejércitos como sobre los enemigos, no es posible llegar a conclusiones exactas acerca de la marcha que pretende imprimir a las operaciones; tal vez de los hechos pasados se deduzca alguna luz que deje vislumbrar los futuros.

Roto el frente ruso en dos partes, en los pantanos de Rokitno, y fracasada la tentativa de ruptura en Vilna, aunque los grupos de ejércitos moskovitas son tres, operan en realidad en dos teatros: al N. de Pinsk, hasta Riga; y al S. de Pinsk, hasta la Bukovina. La masa más fuerte está en el N., y por consiguiente también se encuentra allí el grueso de los alemanes. Y es precisamente en el N. donde los alemanes no han interrumpido sus ataques, y se obstinan en sus acometidas contra Dvinsk y el Duina. ¿Desean acaso desarrollar alguna maniobra que destruya al ejército ruso? Ni en hipótesis debe admitirse esta presunción. Seguramente, lo que se proponen es consolidarse allí, estableciéndose detrás de

una fuerte línea defensiva natural, y la más indicada es la formada por el Duina y los lagos al S. E. de Dvinsk. Una vez logrado este objetivo, podrán retirar de allí varios cuerpos de ejército y llevarlos a otro punto, aquel que les ofrezca más ventajas, y, entre todos, el preferible parece ser el extremo Sur del frente oriental. Si es así, la campaña en Rusia no ha terminado, ni se sabe cuándo concluirá.

Organizada una posición de espera, desde Riga a Pinsk, que permita aguardar la paz o que sirva de base y partida para una nueva ofensiva en la primavera próxima, los austro-alemanes emprenderán las operaciones decisivas contra Ivanov, bastante quebrantado por la constante actividad que despliega hace cerca de tres meses. Para entonces, es seguro que las vías férreas destruidas por los rusos en su retirada estén otra vez en servicio—lo probable es que ya circulen ahora los trenes por todas ellas,—y como las redes radiales y transversales que hay a retaguardia del frente alemán son más numerosas y de recorrido más corto que las rusas—que obligan a grandísimos rodeos,—el transporte de las tropas alemanas desde el N. al S., exigirá menos de la mitad del tiempo invertido por los rusos en análoga operación; de suerte que Ivanov se verá atacado por fuerzas superiores, antes de recibir el menor auxilio del ejército principal. Si en este momento Rusia hubiere emprendido una expedición a través de Rumanía o efectuado un desembarco en Bulgaria, tanto mejor para los alemanes, porque después de la derrota de Ivanov vendría el ataque a las comunicaciones del ejército expedicionario, y el desastre sería inmenso.

Ese es, a mi juicio, el programa que piensan desarrollar los austro-alemanes antes de que llegue el invierno. No parecen entenderlo así sus adversarios, toda vez que consumen sus energías y gastan sus fuerzas en ataques violentos que no les dan ningún resultado; si esperasen o temiesen una ofensiva resuelta de los austro-alemanes, economizarían más la sangre de sus soldados y no comprometerían su moral como lo están haciendo. Estaría justificada esta manera de obrar si fuera cierta la existencia de varios millones de reservistas, instruidos, bien armados y equipados, y con abundancia de municiones; aunque lo afirman varios periódicos, no lo creo. Tengo mis razones para sostener esta opinión, pero como se trata de un hecho que ha de descubrirse muy pronto, será más razonable dejar al tiempo la tarea de confirmarlo o desvanecerlo. O Rusia ha hecho milagros, o hasta dentro de bastantes meses no podrá poner en campaña otro ejército, respetable por el número, pero de solidez muy inferior a la del ya derrotado; y respecto del material de guerra de que aún dispone, la conclusión es menos satisfactoria todavía para los moskovitas.

En resumen: la campaña contra Serbia ha repercutido en los frentes oriental, occidental y meridional, en lo que atañe a los aliados; pero ha de tener una segunda parte en Rusia, en lo que toca a los austro-alemanes, y nada tendría de extraño que motivara nuevos ataques de los primeros, si el apoyo directo fracasa o no se ejecuta a fondo.

III.—La derrota del ejército ruso

¿Qué ha ocurrido en Rusia, cuyo ejército, que se daba como derrotado y vencido, prosigue la lucha con

igual ardor que hace un año? ¿Ha sido por ventura un fracaso la campaña ofensiva de los alemanes, al término de la cual ha surgido un ejército moskovita tan fuerte como antes? ¿No demuestra eso que Rusia es invencible, y que es y será inútil obstinarse en aplastarla? Tales son, concretadas en forma de preguntas, las dudas que manifiestan muchas personas acerca de los acontecimientos desarrollados desde el 1.º de mayo último. Veamos su fundamento y significación.

Pretender que un Imperio que anualmente dispone de dos millones de reclutas y cuya extensión superficial le pone a cubierto de una conquista—en la verdadera acepción de la palabra—agote en menos de año y medio sus reservas en hombres y sea sojuzgado de N. a S. y de E. a O. por un enemigo inferior, aunque más afortunado, es idea que no se le ha ocurrido a nadie y que Alemania ni siquiera acarició en los momentos más felices de la guerra. Pero, al mismo tiempo, no es menester que los resultados sean tan abrumadores para que Rusia se declare vencida, o para que lo esté sin reconocerlo. No ha habido necesidad de llegar a tales extremos en ningún período de la historia ni contra ningún país, para que el vencedor recogiera los frutos del triunfo, y cargara el vencido con la pesadumbre de la desgracia.

Anuncié primero, y dije después, que Rusia ha sido derrotada, y que en un período muy largo, tal vez para siempre, ha quedado fuera de combate. ¿Son falsas esas afirmaciones, en vista de la actual arrogante actitud de los rusos? Enumeremos los objetivos militares y políticos que podían ofrecerse a las ambiciones rusas y alemanas, y de ahí nacerán espontáneamente varias consecuencias, que iluminarán el cuadro, todavía confuso para no pocas personas.

Invadiendo la Prusia Oriental, pudo Rusia o no proponerse abrirse paso hasta Berlín; todo induce a creer que se inclinaba por la afirmativa, pero, aun suponiendo lo contrario, no creo que haya duda en que quiso arrancar a Alemania, por lo menos, la parte de Polonia incorporada hace un siglo a Prusia, porque sería pueril afirmar que el ejército de *Rennekampf* entró en el E. de Alemania con el cándido propósito de pasearse por aquel territorio. De la misma manera, será discutible el plan atribuido a los rusos de llegar a Buda Pesth y conquistar Hungría, mas es positivo y evidente que quisieron anexionarse Galizia, donde impusieron su idioma, su religión y su administración; y no sólo Galizia sino Bukovina y Transilvania, que agitaron como cebo para atraerse el apoyo armado de Rumanía. ¿Han conseguido los rusos estos objetivos, aun reducidos a sus proporciones mínimas, o están en camino de alcanzarlos? Es inútil la respuesta.

En otro concepto, iniciaron las operaciones con una doble ofensiva vigorosa—a favor de una movilización anticipada—, impusieron su voluntad a los dos enemigos, pero a las pocas semanas prevaleció la voluntad alemana, a la que no tardó en sumarse la austriaca, y desde entonces son los rusos quienes han tenido que doblegarse a la ajena y parar los golpes o rehuirlos.

Finalmente, el objetivo esencialmente militar, la destrucción del ejército adversario, ocioso es decir que ha fracasado más ruidosamente aún que el político.

Los austro-alemanes, por su parte, podían enderezar sus esfuerzos a una de tres finalidades: la primera, el aniquilamiento total de las fuerzas del adversario, llevaba consigo los otros dos, consistentes, el mayor, en imponer la paz por la conquista de un objetivo político, que implicase la sumisión de todo el Imperio, y, el menor, en ponerse a cubierto de los ataques rusos y reducir, prácticamente, el enemigo a la impotencia.

Lo primero fuera una utopía, no tanto por la inmensa población de Rusia, como por la diseminación y alejamiento de los centros habitados, con respecto a las fronteras occidentales, pues es evidente que sin ocuparlos, era imposible impedir nuevas levadas y la subsiguiente formación de otros ejércitos. Pero como es la calidad, antes que la cantidad, lo que decide las guerras, los austro-alemanes lograron, casi íntegramente, el fin militar, mediante la destrucción del ejército ruso de primera línea, el más temible, el único propio para operaciones ofensivas en grande escala; sin necesidad de recordar victorias sin precedentes, que nadie ha olvidado, díganlo si no los dos millones de prisioneros y los millares de cañones rusos que se encuentran en el interior de los imperios centrales.

Menos posible era, todavía, que mediante la ocupación de Moskú, Petrogrado o Kiev, se llevara a Rusia a la confesión de su derrota, porque las rivalidades y diferencias de religión, idioma y raza que separan entre sí a las diversas nacionalidades que componen el Imperio, rompen la unidad interior y hacen desacordes los intereses y sentimientos de los diferentes pueblos. Cabía intentar indirectamente la sumisión de Rusia, por la presión de la opinión pública, disgustada y descontenta por los reveses de que fueran víctimas sus tropas. Los austro-alemanes, si se propusieron realmente este objetivo, no han visto satisfechas sus esperanzas, porque no han estallado hasta ahora en el Imperio los graves disturbios que precipitaron el término de la guerra de 1904-05.

El tercer propósito ha sido alcanzado, más allá de lo que nadie podía imaginar hace un año. Se ha garantizado la seguridad territorial de los imperios centrales, interponiendo entre ellos y el enemigo una extensísima y amplia faja de suelo ruso, ocupado y atrincherado por los austro-alemanes. Sumado este resultado a los militares dimanantes de los reveses padecidos por las tropas del Czar, el ejército ruso ha quedado reducido a la impotencia. En vano se debate hace dos meses contra el muro de hierro que se ha alzado al Oeste; estérilmente pugna por recobrar parte del terreno que perdió; inútiles son sus sobrehumanos esfuerzos ofensivos. Millones acaso de hombres han sido vertidos en las filas de los cuerpos, pero así se ha aumentado la masa, el peso del ariete, y no la velocidad, o potencia ofensiva, que con aquella engendra la fuerza viva.

Mientras los rusos se despedazan en esa titánica lucha, los austro-alemanes retiran fuerzas de aquel frente para llevarlas a otros teatros; debilitan el centro en beneficio de las alas; prosiguen su ofensiva donde la habían comenzado; y se mantienen inmovibles en los demás puntos. Para quien creyera que la victoria de los alemanes implicaba la conquista de todo el Imperio del N. y el apresamiento o la destrucción del ejército ruso, hasta el último hom-

bre, la campaña de este verano, desarrollada por Hindenburg y Mackensen, no ha sido decisiva; pero quien compare la situación de hoy con la de hace catorce meses, no podrá menos de llegar a otra consecuencia radicalmente opuesta.

Aunque la situación actual en el frente del Este tiene muchos puntos de semejanza con la del Oeste, y a pesar de que los rusos persisten en una actitud más enérgica que la de los franco-ingleses, no debe extenderse a estas últimas tropas la conclusión anterior, desfavorable a los moskovitas. Los rusos iniciaron y sostuvieron durante muchos meses la agresión, la ofensiva y la invasión del territorio enemigo, y han perdido su potencia impulsiva y sido rechazados al interior sin alternativas ni soluciones de continuidad, hasta que les convino a los austro-alemanes detenerse. Mientras que los anglo-franceses, que tan deficientes se mostraron en cualidades ofensivas al principio de la guerra, las han recobrado, hasta un grado que llegó a parecer increíble; y los alemanes detuvieron la invasión, no porque así les conviniera sino porque las circunstancias les obligaron a ello, y entre esas circunstancias figuró en primer término, y subsiste aún, la superioridad numérica del adversario y su propensión a adoptar el ataque como método normal de guerra.

IV.—La campaña en Serbia

La gran lentitud de las primeras operaciones de los ejércitos austro-alemanes, originó el rápido avance que se observa estos días. La invasión austriaca fracasó en diciembre de 1914 por dos causas: el insuficiente despliegue de las tropas, que se mantuvieron en orden demasiado profundo; y los defectos en el abastecimiento: regimientos enteros quedaron sin víveres tres y más días, luego de agotadas las raciones de etapa.

El mariscal Mackensen ha aprendido en lo sucedido entonces; ha atendido al total despliegue estratégico de su ejército, y simultáneamente ha organizado los servicios de retaguardia, en lo que son maestros insuperables los alemanes. Ultimadas ambas medidas preliminares, el avance ha adquirido la velocidad normal.

Las tropas invasoras han entrado en Serbia por Visegrad, y están a punto de darse la mano con las del general Köwes que se encuentran al S. de Valjevo; las alemanas del general Gallwitz, han rebasado Gran Milanovac, se han apoderado de Kraguyevac—antiguo arsenal y cuartel general serbios,—y se apoyan en el Morava. Otras columnas que cruzaron el Danubio por Orsova, se han corrido también por el O. hasta el Morava, marchan hacia el S., y por el S. han establecido el contacto con los búlgaros que se encuentran al O. de Negotin. Continúa la línea búlgara en dirección S., corta la vía férrea Nisch-Sófia, a mitad de distancia entre Nisch y Pirot, pasa por Vrania y se detiene en el ramal de ferrocarril Uskub-Mitrovitza, 30 kilómetros al N. de Uskub. Küprülü (Veles) ha sido recobrada por los búlgaros que sostienen combates de vanguardia con los franceses, en la región de Strumitza. Finalmente, los montenegrinos han sido también atacados por los austriacos y han tenido que batirse en retirada.

Coordinando todos estos hechos, que han puesto en poder de los invasores la mitad del territorio de la

verdadera Serbia—sin Macedonia—, las dos consecuencias más interesantes que se deducen son: primero, que los serbios están siendo objeto de un movimiento envolvente, que tiende a arrojarlos a Montenegro; segundo, que la primera finalidad que se propusieron los austro-alemanes al abrir la campaña, no fué encontrar un camino libre, de comunicación con Turquía, sino conquistar, ocupar, todo el pequeño reino, acabar con la resistencia de los aliados en la península balcánica, tal vez con miras a la futura actitud de Grecia y Rumanía.

En lugar de cerrar el claro que queda entre ellos, los cuerpos de Orsova y los búlgaros de Negotin; esto es, sin preocuparse de establecer una amplia vía directa y segura desde el Danubio a Turquía, a través de Bulgaria, los ejércitos de Mackensen han oblicuado hacia el S. O., combinando su avance con el de las tropas que se han apoderado de Visegrad y con los búlgaros que suben a Mitrovitza. Mediante esta maniobra han quedado cortadas todas las comunicaciones del ejército serbio con Grecia; solo está abierta para ellos la frontera de Montenegro y un pedazo de la de Albania, pero como los albaneses se han alzado también en armas a favor de los austro-alemanes, los serbios están ya reducidos a sus propias fuerzas. Sus municiones y material, nunca abundantes, han sufrido gran merma en las derrotas y retiradas incesantes, y es casi seguro que no tengan las suficientes para una campaña de otras cuatro o cinco semanas. En estas condiciones, si los serbios son empujados a Montenegro, concluirá su resistencia, y un puñado de hombres será bastante para contener a las bandas y guerrilleros que no quieran deponer las armas. En cuanto a Montenegro, su situación es aún más azarosa, faltos como están de municiones y víveres de reserva. Nada tendría de extraño que los austro-búlgaro-alemanes suspendieran sus operaciones ofensivas así que los serbios se refugiaran en las montañas del sandyakato de Novi Pazar, encomendando al hambre y a las enfermedades la labor de rendir al ejército del heroico reino. Los pequeños cuerpos serbios que aún resisten en el fragoso núcleo de montañas que hay entre el Morava y Negotin, sucumbirán fatalmente en cuanto el ramal de vía férrea que va desde Rumanía a Cupriya caiga en poder de los invasores.

No se advierte probabilidad de que mejore la situación de los serbios, antes al contrario, los indicios son de que se hará más angustiosa cada día.

Muy difícil es que los franco-ingleses puedan remontar el valle del Vardar, se posesionen de él hasta Pristina y restablezcan la comunicación con Serbia. Admitiendo que empresa tan arriesgada tuviera éxito y que fueran derrotados los búlgaros, se expondrían a un peligro que nadie puede desconocer: el ataque de flanco de un ejército turco que se moviera a través de la Macedonia búlgara; ese ejército está organizándose, a las órdenes del mariscal von der Goltz, y se concentra en la frontera turco-búlgara, o sea en el valle del Maritza.

Si la marcha de los aliados por el Vardar se combinase con la llamada del grueso serbio a la región del Mitrovitza, dejando débiles retaguardias ante los austro-alemanes, habría más probabilidades de que aquella maniobra diera buenos resultados. ¿Por qué los serbios han descuidado la región S., por la que

únicamente podían recibir auxilios, y han llevado su esfuerzo principal al N., contra los austro-alemanes? Algunas razones militares abonan este proceder, pero hay otras más importantes, que se anteponen a aquellas. La antigua frontera serbio-turca pasaba por cerca de Vrania y toda la provincia del Novi-Pazar era turca, así como la cuenca del Vardar. Cuando estalló la guerra europea, en 1914, hacía menos de un año que el Sandyakato y parte de la Macedonia pertenecían a Serbia, y los habitantes de esas regiones no ocultaban su disgusto de ser gobernados por los serbios, a quienes consideraban como sucesores de sus antiguos opresores, los turcos. De consiguiente, aun que Novi-Pazar y desde Vrania al S. figuran en los mapas como pedazos de Serbia, no lo son de hecho, porque no ha transcurrido el tiempo necesario para que la obra de la anexión diera sus frutos; la población de aquellos territorios divide sus simpatías entre los montenegrinos y los búlgaros, y se manifiesta indiferente, si no hostil, a los serbios, de donde se infiere que el repliegue del ejército defensor hacia el S. equivaldría a la pérdida total y definitiva del verdadero suelo patrio, y al traslado de las operaciones a un teatro casi extranjero, donde no se podría contar con la ayuda de los habitantes. Desde lejos y poniéndose en un punto de vista exclusivamente técnico será quizás censurable la conducta del Estado Mayor serbio; pero la defensa de la integridad nacional del territorio sagrado de la patria, ha de prevalecer sobre cualquier otro linaje de consideraciones, mucho más si tampoco se vislumbra la salvación adoptándose un nuevo plan, menos en armonía con el sentir de aquellos montañeses.

Del lado de los búlgaros, parece atrevido en demasía el avance del ejército del S. o ala izquierda, que se ha interpuesto entre los serbios y los franco-ingleses. No lo es tanto como podría creerse, si se atiende a la defensa relativamente fácil de los desfiladeros del Vardar, y a que, sin duda alguna, hay otro ejército, apostado junto a la frontera de Grecia, que le guarda el flanco, y atacaría a los aliados en caso de necesidad. Queda también disponible el ejército, ya mencionado, de von der Goltz, que a juicio de muchos debiera de haber intervenido ya en la contienda, toda vez que el anuncio de un desembarco de los rusos en las costas de Bulgaria no pasa de ser una amenaza. El ejército de von der Goltz no está destinado a apoyar las operaciones en la Macedonia serbia, sino que se reserva—a menos que las circunstancias impongan otro plan—para obrar contra los aliados; pero, como el examen de este punto está relacionado con el verdadero objetivo militar de los anglo-franceses en el litoral griego, forzoso será aplazarlo hasta la *crónica* próxima, por falta de espacio en la presente.

V.—La situación el 1.º de noviembre

El crucero alemán *Prinz Adalbert*, fué echado a pique en el Báltico, el 23 de octubre, por un submarino británico o ruso. Según noticias alemanas, era de 3.350 toneladas, fué construido en 1908 y montaba cuatro cañones de 8,8 y cuatro de 5,2; pero según las listas navales, era un crucero acorazado de 9.500 toneladas, construido en 1902, y estaba armado con cuatro cañones de 21, diez de 15, doce de 8,8 y cuatro tubos sumergidos de lanzar.

Un submarino francés ha sido echado a pique en
Imp. Castillo.—Aribau, 177.

el mar de Mármara, y apresada su tripulación por los turcos. Se han paralizado por completo las operaciones en los Dardanelos, lo cual no es extraño, toda vez que los aliados están retirando tropas de Gallípoli para llevarlas a Salónica, a donde también afluyen contingentes enviados desde Francia e Inglaterra.

En el frente occidental, son los alemanes quienes asumen con más frecuencia la ofensiva, habiendo obtenido pequeñas ventajas en la Champaña, que vigorizan las posiciones que actualmente allí ocupan.

En Rusia, se acentúa la tranquilidad en el centro; la contraofensiva austro-alemana en Volinia ha restablecido, aproximadamente, la línea de batalla al estado en que se encontraba antes de los briosos ataques de los rusos; al parecer, éstos se van convenciendo de la inutilidad de sus esfuerzos. Continúa furiosamente el combate en la línea del Duina, obteniendo éxitos de escasa significación en sí mismos, las tropas de Hindenburg; los rusos defienden el terreno palmo a palmo, y el avance alemán, interrumpido de vez en cuando por un ligero repliegue, es muy lento; la artillería pesada desempeña el principal papel, economizando sangre, pero también los rusos han reunido en aquel sector una gran masa de cañones, y los duelos se prolongan días y días antes de obtenerse un resultado apreciable. Noticias de fuente fidedigna aseguran que los alemanes han retirado nuevas tropas del frente ruso, para trasladarlas a otros teatros, pero es probable que hayan sido reemplazadas por contingentes del interior del Imperio.

Ha terminado el tremendo ataque italiano contra las posiciones austriacas en casi toda la línea. Las ventajas, insignificantes, conquistadas en los primeros días, se malograron por la contraofensiva austriaca, salvo en algunos puntos del Tirol, donde los italianos consiguieron adueñarse de varias trincheras avanzadas. Aunque el éxito hubiese sido mayor, la posición austriaca no padeciera en su capacidad de resistencia, ni en su fuerza defensiva. En el Isonzo, los ataques italianos fueron menos afortunados todavía, a pesar de la tenacidad puesta en los asaltos y de la abundante sangre derramada. En este sector, los italianos estuvieron por un momento a punto de abrirse paso hasta Gorizia, y ocuparon las posiciones avanzadas enemigas, cuyas tropas cayeron prisioneras en gran parte, por su obstinación en no evacuarlas; más tarde, el contraataque de los austriacos arrojó al que se creía vencedor al terreno que ocupaba antes; aquí lo mismo que en el frente occidental, cada acometida de los aliados, va seguida por una serie de reacciones aisladas, pero violentas y bien preparadas, del que se mantiene a la defensiva, de modo que los combates se prolongan bastante más de lo que imaginaba el atacante.

En resumen, la ofensiva italiana de últimos de octubre, que ha superado en intensidad a las anteriores, ha sido un nuevo fracaso, del que tardarán en reponerse las tropas de Cadorna. Con la aproximación del invierno, las operaciones formales quedarán reducidas a la zona del Isonzo y al bajo Trentino, a donde llevarán la mayor parte de sus fuerzas los dos bandos, y aún es posible que pronto los austriacos debiliten su ejército del Oeste, frontera italiana, para reforzar al que lucha contra Rusia o el que opera contra Serbia.

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

2 noviembre 1915.